

› **Liliana Weinberg**

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe – Universidad Nacional Autónoma de México

La dimensión educativa de Gregorio Weinberg

En el comienzo del “Estudio preliminar” a la edición por él mismo preparada a un libro fundamental, la *Educación común* de Sarmiento, escribe Gregorio Weinberg:

Los clásicos deben releerse con clara referencia a la época, sí, pero sobre todo re-pensarse en función de las interrogantes que plantearon como de las respuestas que propusieron. Su vigencia, insistimos, reposa en gran parte sobre la originalidad de sus intuiciones, la sagacidad o novedad de las preguntas que sugirieron, de los datos, fenómenos o procesos que asociaron o disociaron, de las relaciones que establecieron, de los conocimientos que organizaron, de los prejuicios que ayudaron a superar. Con Sarmiento ocurre otro tanto (1987: 7).

Con Gregorio Weinberg ocurre otro tanto.

Mi padre manifestó a lo largo de su trayectoria intelectual una constante preocupación y un profundo compromiso por hacer del avance, de la difusión, de la participación y de la responsabilidad social por el conocimiento algunas de las grandes herramientas para responder creativa e imaginativamente a los grandes desafíos de nuestro tiempo. Así lo evidencia la dimensión educativa de su obra y su militancia como intelectual, pensador, ensayista, editor, educador, profesor universitario, que nos ofrecen algunas claves para, retomando sus propias palabras, ir en busca de la originalidad de sus intuiciones, la sagacidad o novedad de sus preguntas, los datos, fenómenos y procesos que logró asociar o disociar, las relaciones que estableció, los conocimientos que organizó y los prejuicios que ayudó a superar...

Al cumplirse cien años de su nacimiento, no podía haber mayor homenaje a su memoria ni mayor prueba de la vigencia de sus ideas que la publicación de varios títulos que recuperarán precisamente sus aportes en algunas de las muchas áreas a las que contribuyó: en este caso, la educación y el mundo del libro. Es por ello que hoy tenemos afortunadamente la

posibilidad de leerlo y releerlo, gracias a un esfuerzo compartido por volver a dar vida editorial a sus escritos, a través de tres títulos fechados en el año 2020 y a los que se puede consultar en línea.

Gregorio Weinberg fue un intelectual que reflexionó sobre la historia de la educación argentina y latinoamericana. Así lo muestra su gran obra de síntesis, *Modelos educativos en la historia de América Latina*, que acaba de aparecer en una nueva edición de 2020. Así lo muestra también el volumen integrado por una selección de sus ensayos en la materia, *El tiempo de la educación*, editado por quien esto escribe. Por otra parte, su actividad como ensayista-editor, que pensó en estrecho vínculo el libro y la educación e hizo de la edición una forma de contribuir a la formación de los lectores, se evidencia en otro título de reciente aparición: *Escritos sobre el libro y la edición en América Latina*, editado por Pedro Daniel Weinberg. Todas estas obras se encuentran ya en acceso abierto, para con ello continuar su voluntad de sumar nuevos lectores de todo el continente y multiplicar las formas de diálogo.

El momento es propicio entonces para celebrar la aparición de estos tres nuevos libros, que permitirán dar una mayor difusión a su obra y a su pensamiento, así como contribuir a la evocación de su figura a través de algunas notas y reflexiones personales que esperamos nos permitan a su vez comenzar a perfilar su retrato humano e intelectual.

...

Admira descubrir que la militancia cultural de Gregorio Weinberg en torno a la educación se prodigó en prácticamente todos los ámbitos, alcanzó los distintos niveles y se abrió a su vez a nuevas dimensiones. En efecto: no solo participó en innumerables reuniones y mesas redondas destinadas a reflexionar sobre las cuestiones educativas; no solo centró su investigación en épocas concretas como la educación superior durante la Ilustración o en temas específicos como la Reforma Universitaria; no solo se propuso analizar las ideas y propuestas de destacados autores latinoamericanos, desde Simón Rodríguez hasta José Carlos Mariátegui, para cuyos proyectos emancipatorios la educación fue un componente fundamental: también se dedicó a pensar la educación en sus más generosas dimensiones y en una perspectiva de larga duración, como parte de un amplio proceso histórico, vinculado a su vez, con el tiempo largo de los fenómenos que atraviesa toda sociedad, con los modelos de crecimiento económico,

con la vida de la cultura y los proyectos políticos de largo alcance.

A Gregorio Weinberg se lo puede pensar como educador en muchas dimensiones. Por una parte, fue un maestro en el sentido más amplio del término y fue también despertador de vocaciones a través de la cátedra universitaria y la invitación a la lectura y reflexión sobre las grandes obras dedicadas al tema educativo. Por otra parte, continuó su obra como pensador, historiador y filósofo de la educación, y dejó a este respecto innumerables ensayos y estudios críticos que permitieron a su vez abrir nuevas perspectivas y establecer relaciones novedosas entre esferas hasta su momento poco estudiadas. Contribuyó además a la multiplicación del conocimiento y a la formación de nuevas generaciones de lectores a través de la publicación de grandes colecciones y bibliotecas en que los argentinos y latinoamericanos pudieran leerse a sí mismos y reconocerse como parte de una comunidad mayor.

Y también fue mi padre educador en todos y cada uno de sus gestos, sus tomas de posición, sus comentarios, cuando en la mesa familiar hacía la “exégesis” de las noticias y comentarios que traían los diarios o cuando se impacientaba por que los hijos aprendiéramos a distinguir lo importante de lo accesorio, lográramos entender una lectura o alcanzar la comprensión sintética de algún tema. Educador también cuando compartía con sus nietas, sus nietos y el primer bisnieto que alcanzó a conocer la capacidad de asombrarse y maravillarse ante algún descubrimiento, alguna nueva hazaña científica o tecnológica, alguna figura moralmente ejemplar o algún gesto de alcances éticos, alguna obra de creación que honrara nuestra capacidad imaginativa y expandiera nuestro sentido estético. Educador en su permanente postura generosa, curiosa, incluyente, atenta a los alumnos, colegas, amigos, siempre deslumbrado ante las muestras de inteligencia y la sed de conocimientos de los jóvenes, así como, inversamente, siempre indignado ante los gestos de falta de interés, de pasión, de compromiso con el prójimo, con el conocimiento, con la sociedad, con su tiempo.

¿A cuál de estas muchas y distintas facetas de su dimensión educativa referirme? Él dedicaba la misma pasión, el mismo compromiso, el mismo rigor de trabajo tanto a la preparación de cada una de sus clases, al diálogo con las y los colegas, ayudantes, estudiantes, como a las conferencias que debía impartir en las reuniones especializadas, a sus participaciones en la Academia Nacional de Educación o en algún congreso donde se reflexionara sobre el sentido de la educación y el conocimiento. Tomo entonces,

casi al azar, algunas posibles “instantáneas” que espero permitan contribuir a delinear su retrato.

EL LECTOR

Una historia familiar, hoy casi legendaria, recuerda que mi abuelo, quien abrió una tienda de ramos generales en Tomás Young, cerca de Guardia Escolta, Santiago del Estero, recibía periódicamente latas de kerosene embaladas en cajas de madera. En cierta ocasión le regaló a mi padre una de esas cajas, invitándolo a usarla como estante para sus primeras lecturas. Y en un intuitivo gesto pedagógico, le dijo que cuando ese estante estuviera lleno, le regalaría una segunda caja para que siguiera aumentando su biblioteca. Este sistema “modular”, tan adelantado para su tiempo, y esta tan temprana invitación a la lectura, se combinaron con la pasión lectora del hijo, que no acabó nunca, sino que, como sabemos, desembocó en una vocación absoluta de sembrador de libros y constructor de bibliotecas.

Muy recientemente, las nietas dieron forma a la leyenda del abuelo: mi hija Lucía logró localizar en una página de internet una de esas viejas cajas de kerosene que se venden hoy como antigüedades y esa caja llegó como regalo de cumpleaños de mis hijas para mí. Hoy guarda también libros queridos.

EL MAESTRO

El joven, curioso, agudo, lector se hizo a su vez muy pronto, y para toda la vida, maestro, ya que otra de sus grandes vocaciones fue la multiplicación y socialización del conocimiento. Le gustaba compartir su pasión por las ideas y el placer por entender una lectura; acompañar al prójimo en la posibilidad de analizar, contextualizar, sintetizar los textos y, por sobre todas las cosas, participar en la gran aventura de entender el camino del ser humano hacia el conocimiento, la imaginación, la celebración de la maravilla de estar vivos en un mundo que puede construirse, ampliarse, volverse más generoso, precisamente a través de la celebración de la inteligencia y el diálogo. Entender es abrir una ventana al mundo, hacer más vivible la vida,

sentirse un ser humano más pleno cuando el alumno y el maestro se pueden pensar en sociedad. Ser maestro es predicar con el ejemplo de la entrega al trabajo, es tener como horizonte la formación de las nuevas generaciones sin dejar de preocuparse por su país y por su gente. Se trata del maestro que, antes que transmisor de una serie de contenidos, es formador de seres humanos. Ese maestro que enseña no solo o no tanto asignaturas sino sobre todo una conducta, que marca una serie de actitudes de respeto y escucha para con el prójimo, que contagia su pasión por los temas y los problemas, que asume sus compromisos políticos y vitales. Considero que de esa estirpe de maestros era mi padre. Mucho le gustaba en particular ese poema que Antonio Machado dedicó al maestro Giner de los Ríos, trabajador intelectual de conducta ineludable. El conocimiento y el ejercicio de un guía inteligente, sensible y generoso nos enseñan a ser buenos.

El maestro es también labrador de maravillas y claridades, aun en las más duras condiciones de soledad, como lo dice uno de sus poemas preferidos, el soneto a Spinoza de Borges. En el silencio, el encierro, la reflexión; en las viejas y nuevas formas del aislamiento; en las distintas formas de desafío y amenaza al trabajo intelectual; en las estrategias que le permitieron resguardar su postura crítica de todo posible acallamiento; en el refugio y consuelo de su biblioteca y de sus libros; en la entrega a las tareas intelectual, ensayística, editorial y educativa que le permitieron abrir ventanas al mundo, el pensador pudo persistir en labrar un infinito cristalino del conocimiento, a la vez laboriosamente traslúcido y generosamente lúcido.

Y esta pasión por sembrar libros y compartir lecturas, que admiró en las campañas de educadores como Sarmiento o Vasconcelos, se prolongó en su propio sistema pedagógico, consistente en invitar a sus hijos, nietos y bisnietos a la lectura. Recientemente mi hija Laura me mostró como uno de sus tesoros una lista de lecturas imprescindibles que el abuelo elaboró para ella. Mi padre y mi madre se ocupaban permanentemente de hacer llegar a las nietas mexicanas libros para niños y colecciones de revistas, consejos sobre lecturas y novedades, que desde luego mis hijas siguen atesorando, como la mítica *AZ diez* que asociarán para siempre al recuerdo de sus abuelos y de su infancia. Y puedo garantizar que el sistema pedagógico de Agustina y Gregorio funcionó a la perfección, ya que son las tres atentas lectoras, sentidoras y entendedoras del mundo.

EL PROFESOR UNIVERSITARIO

Se puede ver también la contribución de Gregorio Weinberg a la labor docente en las cátedras de Historia de la Educación Argentina e Historia de la Educación Universal, que se organizaron un momento de singular importancia, el período 1955-1966, ligado a una etapa clave para la refundación de la Universidad de Buenos Aires. El suyo no fue solo un aporte renovador individual, ya que se inscribió en el proyecto reformista de un valioso grupo de intelectuales que condujeron el mayor proceso de transformación de la Universidad de Buenos Aires en el siglo XX, solo parangonable con el que encabezó Juan María Gutiérrez en el siglo XIX. Siempre se preocupó, apelando a una imagen tomada de la ciencia, por pensar en el mejor modo de propiciar la existencia de la “masa crítica” necesaria para que se produzca el despegue del conocimiento en una sociedad.

Quiero rescatar varias facetas de esa actividad. En primerísimo lugar, mi padre renovó los esquemas conceptuales en que se apoyaban esas disciplinas y propuso nuevos modelos para entender la evolución de la educación y del pensamiento educativo. Estableció nuevas relaciones entre fenómenos, asoció y disoció de manera original esferas, temas y problemas que seguían siendo considerados acríticamente inamovibles, formuló nuevas preguntas, encontró nuevas respuestas. También, entiendo, fue un docente innovador en otros aspectos, y aún se recuerdan muchas de sus clases deslumbrantes.

Fue mi padre un notable expositor. Ordenado, riguroso, sistemático, elocuente. Capaz de desplegar un abanico de temas y problemas que mostrara la complejidad de los asuntos y al mismo tiempo encontrar nuevas síntesis abarcadoras. Fue un profesor a la vez apasionado y apasionante, capaz de despertar curiosidad, placer intelectual, y definir vocaciones. Fue ejemplar el modo en que organizó la dinámica de trabajo en el interior de las cátedras, ya que promovió el diálogo generoso con todo el equipo de jóvenes docentes e investigadores que lo acompañaba, y con ello logró despertar un sentido de trabajo conjunto y participativo.

Impartió otras cátedras, algunas de las cuales marcaron también nuevos derroteros en sus respectivos ámbitos: Historia de la cultura y el pensamiento argentino e Historia de la cultura y el pensamiento latinoamericano, ambas dictadas para la carrera de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA entre 1961 y 1966. E inauguró también cátedras legen-

darias, como la de Historia Universal, que formó parte de los inolvidables cursos de ingreso a la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UBA, impartido en los veranos, de 1957 en adelante, así como la asignatura del mismo nombre que formaba parte del curso de ingreso a la Facultad de Filosofía y Letras de 1961 en adelante. Los hijos recordamos vívidamente la importancia que tuvo esta actividad, ya que seguía encontrando a ex alumnos –muchos de ellos ya profesionales con carreras consumadas– que le agradecían emocionados sus enseñanzas y le daban testimonio de lo que significó para ellos ese curso de ingreso, que les cambió la vida y fue decisivo en la orientación de sus estudios. Las preguntas finales del examen incluían algunas tan fuertes y aleccionadoras como estas: “Formúlese usted mismo una pregunta y respóndala” o “¿Por qué quiere ser arquitecto?”. Recuerdo también que le gustaba presentar a los alumnos diapositivas con fotografías de obras de arte alternadas con fotografías de experimentos científicos examinados bajo el microscopio, para despertar en los alumnos la fascinación de tender puentes, hacer comparaciones y abrir ventanas, asomarse a mundos nuevos, tratar de establecer relaciones entre ellos y sobre todo contribuir a la pasión de entender y sentirse partícipes en la construcción compartida del conocimiento.

EL HISTORIADOR DE LA EDUCACIÓN

Gregorio Weinberg comprendió que muchos de los grandes pensadores de nuestra América vieron en la educación un motor fundamental para el cambio social y la emancipación de los seres humanos, así como una posibilidad de que se alcanzara y reconociera nuestra “mayoría de edad” intelectual en el concierto de las naciones. Desde luego Sarmiento, el gran estratega, así como también Simón Rodríguez, Manuel Belgrano, Andrés Bello, Cecilio Acosta, José Martí, José Carlos Mariátegui, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña y otros varios autores despertaron un enorme interés en mi padre. En muchos de ellos no solo descubrió a grandes adelantados de las ideas sino también, como es el caso de su lectura de Belgrano y Sarmiento, a personalidades que pensaron la educación como un elemento clave para la formulación original y estratégica de un nuevo modelo de desarrollo económico, político, social y cultural del país. A ellos dedicó numerosos ensayos y estudios críticos. Los hijos tuvimos incluso el privilegio de asistir a las

largas conversaciones que mi padre mantenía con mi tío Félix en torno a las ideas sociales de Sarmiento o en torno a Esteban Echeverría y Juan María Gutiérrez: memorables intercambios de ideas, de lecturas, que están en la base de distintos libros y estudios que ellos nos dejaron como legado intelectual.

Otro tanto sucedió con etapas y procesos clave para el desarrollo de la educación en América Latina, a los que también dedicó apasionados y apasionantes trabajos. En efecto, pronto comprendió mi padre que la dimensión educativa no podía pensarse de manera independiente de cuestiones económicas, sociales, culturales, epistemológicas. Es así como escribió sus *Modelos educativos*, donde aplicó con gran novedad esa mirada abarcadora a la relación entre las distintas esferas, ya que no olvidemos que por varios años trabajó para la Comisión Económica para América Latina, y dedicó también muchas reflexiones a temas y problemas concretos, entre ellos, la relación entre economía y sociedad; con ello confirmó que lo mejor del pensamiento político americano y sus más ambiciosas estrategias de independencia y cambio estuvieron ligados al pensamiento educativo. De allí la importancia de la publicación, hace algunos meses, de una nueva edición de su gran estudio en la materia: *Modelos educativos en la historia de América Latina*, de Gregorio Weinberg, que cuenta con la presentación de Nicolás Arata, Inés Dussel y Pablo Pineau, publicada en Buenos Aires por CLACSO-UNIPE: Editorial Universitaria, y que, como se dijo, puede descargarse hoy en forma gratuita.

EL PENSADOR

A lo largo de su vida reflexionó mi padre sobre el sentido de la educación, su valor como plan estratégico para formar seres humanos íntegros y ciudadanos del territorio libre del saber. Se dio cuenta de los cambios acelerados que confirmaban que nos encontrábamos ya en la era del conocimiento, y alcanzó a ver los primeros momentos de esta revolución tecnológica que tanto ha incidido en el desafío a las formas tradicionales de transmisión de las ideas. Puso nombre a esos largos períodos en los cuales Argentina ha debido atravesar el “apagón cultural”: largo eclipse en que el país perdió su rumbo. Con Wittgenstein insistió en que el horizonte mental del ser humano coincide en buena medida con el horizonte lingüístico y vio en el empobrecimiento y envilecimiento del lenguaje en los medios de comunicación

un fenómeno que le causó honda preocupación y al que dedicó valiosas reflexiones en una de sus últimas conferencias, dictada en el año 2005 y que sigue mostrando enorme actualidad: “La educación que queremos. Razones y esperanzas”.

Hoy tenemos afortunadamente la posibilidad de leer y releer sus escritos, gracias a un esfuerzo compartido por recuperarlos. De allí que celebremos la reciente publicación en México de una antología de sus trabajos en la materia: *El tiempo de la educación de Gregorio Weinberg*, editado por Liana Weinberg y publicado en 2020 por CIALC-UNAM en la Colección América Latina. Lecturas Fundamentales, que cuenta con una presentación de quien esto escribe y con un estudio preliminar de Gabriela Ossenbach. La obra integra la serie Lecturas Fundamentales, dedicada a difundir las ideas de grandes representantes del pensamiento latinoamericano; adopta el formato de los libros de bolsillo y presenta una imagen de portada diseñada por su nieta Carolina, inspirada a su vez en el grabado del ombú que caracterizaba Ediciones Solar: una decisión que seguramente mucho le hubiera complacido y emocionado.

EL EDUCADOR EN EL MUNDO DE LOS LIBROS

Mi padre pensó desde el principio de su carrera la educación en relación plena con el mundo del libro, los proyectos editoriales, las colecciones y las bibliotecas. Inolvidables son en este sentido las páginas que con gran admiración dedica Sarmiento a las bibliotecas norteamericanas que alcanzó a conocer en sus viajes. Sirva aquí el ejemplo de la edición de *Educación común* preparada por mi padre y por él mismo publicada en la gran casa editorial Solar que él fundara. Sirva también como ejemplo su propia casa-biblioteca, titánicamente sostenida por mi madre y por mi padre, donde los hijos y los nietos aprendimos a vivir en un *continuum* con fondo de máquina de escribir y música clásica, que conducía también a las actividades de corrección de pruebas de imprenta con las que también colaborábamos. Considero así un prometedor acto de justicia hacia su papel como lector y formador de lectores la decisión de dar su nombre a una de las salas más luminosas y concurridas de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno de la República Argentina que años atrás lo tuvo también como director.

En los últimos años se está dando en toda América Latina un admirable

proceso de rescate de la figura del editor, de la historia del libro y del estudio de revistas y redes intelectuales, que ha permitido desplazar el enfoque del libro como la hazaña individual de un autor hacia una concepción más amplia, generosa y compartida del mundo editorial, que la propia práctica y las propias reflexiones de mi padre representaron como pocos.

De allí que le hubiera causado mucha satisfacción saber que en 2020 habría de aparecer también otra obra que se dedica sobre todo a cuestiones editoriales pero que desde luego no puede dejar de leerse en estrecha relación con sus reflexiones educativas, ya que siempre consideró el libro, las bibliotecas y la formación de lectores como parte de un gran proceso educativo. Se trata de *Escritos sobre el libro y la edición en América Latina*, editado por Pedro Daniel Weinberg y también publicado dentro de la misma iniciativa de rescate de su obra por parte de distintas instituciones educativas, en Buenos Aires por CLACSO-UNIFE, al que además se puede tener acceso gratuito por internet.

EL SENTIDOR Y EL ENTENDEDOR

Quiero cerrar estas páginas con una nueva mención de esos dos rasgos que mi padre siempre resaltó en las figuras intelectuales que admiraba, y que considero se pueden aplicar a él mismo: sentidor y entendedor. Así, por ejemplo, cabían en esta categorización un Simón Rodríguez, capaz de decir fundamentalmente “o inventamos o erramos”. Y quiero recordar que desde muy pequeña y desde que tuve uso de razón aprendí a convivir con un primoroso retrato de Sarmiento que colgaba en un lugar privilegiado de la casa-biblioteca: la figura de Sarmiento estuvo a tal punto presente en el imaginario familiar, que llegué a confundirlo con algún ancestro o pariente a quien no conocía personalmente, pero a quien nunca pude considerar lejano.

En este sentido, mi padre contribuyó a la refundación y “normalización” del campo de la educación, considerada ésta con un sentido contemporáneo, sin dejar de atender a su especificidad y sin dejar de contemplarla en toda su complejidad, enfatizando su carácter dialógico y relacional, afirmando todos sus vínculos con las diferentes ciencias humanas y sociales, y dotándola particularmente de toda su hondura histórica, filosófica y social.

Solo quiero añadir un elemento más: la capacidad de Gregorio Weinberg,

en cuanto sentidor de su época y entendedor de los procesos económicos, históricos, políticos, filosóficos y culturales, para descubrir y nombrar las nuevas necesidades sociales y las nuevas demandas del conocimiento. No debemos olvidar que la actual carrera de Educación que hoy está ya sólidamente organizada tuvo también sus “fundadores”, que con un gesto inaugural no solo sentaron sus bases, sino que defendieron además su razón de ser, su derecho, su legitimidad, y a ello añadieron la permanente exigencia de crítica y transformación a la luz de los tiempos.

Hoy que hablar de la “era del conocimiento” se ha vuelto casi un lugar común y que muchos son los países y regiones que comprendieron los alcances revolucionarios y multiplicadores de la educación, es necesario recordar a aquellos sentidores y entendedores que advirtieron de manera pionera los alcances y significados de todo ello. Sin duda Gregorio Weinberg comprendió muy tempranamente que era necesario repensar la relación entre educación y conocimiento. Mi padre fue uno de esos fundadores que con gesto prometeico procuraron quitar a las élites el monopolio del poder que les daba el saber, para ver el modo de expandir el conocimiento y el poder de decisión y cambio que otorga ese conocimiento entre capas cada vez más amplias de la población, y ello no solo a través de una renovación de las ideas y prácticas educativas, sino también de una refundación del concepto mismo de educación.

Hoy que se retorna en el mundo entero a la reflexión sobre el humanismo y las humanidades, es preciso también recordar que su ineludible optimismo en torno a los avances del conocimiento y su no menos ferviente defensa de la condición y la dignidad humanas le hicieron plantear la posibilidad de un “nuevo humanismo” incluyente, abierto, compartido, generoso, respetuoso de la vida y abierto a la diversidad de las experiencias, atento a las enseñanzas de la historia y capaz de incluir los tiempos y *tempos* de las distintas manifestaciones sociales y culturales. Nos dejó como herencia ese humanismo que él mismo practicó, consciente, crítico, asuntivo y superador de obstáculos a la vez que siempre abierto a la posibilidad de construcción de una sociedad mejor a partir de la recuperación de un horizonte de esperanza, y una de cuyas notas fue la celebración de la memoria y la imaginación, así como la defensa optimista de la existencia humana y de la vida.

Invito entonces que pensemos en Gregorio Weinberg como un nuevo Prometeo, deudor a su vez de ese otro gran Prometeo llamado Domingo

Faustino Sarmiento, entendedor del nuevo sentido de la educación y sentido de las nuevas demandas y derechos del ser humano a la ciudadanía del conocimiento.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Weinberg, G. (1987). "Estudio preliminar". En D. F. Sarmiento, *Educación común* (pp. 7-30). Ediciones Solar.

Weinberg, G. (2020a). *Modelos educativos en la historia de América Latina*. CLACSO-UNIFE: Editorial Universitaria.

Weinberg, G. (2020b). *El tiempo de la educación* (L. Weinberg, ed.). CIALC-UNAM.

Weinberg, G. (2020c). *Escritos sobre el libro y la edición en América Latina* (P. D. Weinberg, ed.). CLACSO-UNIFE: Editorial Universitaria.